De otros días...

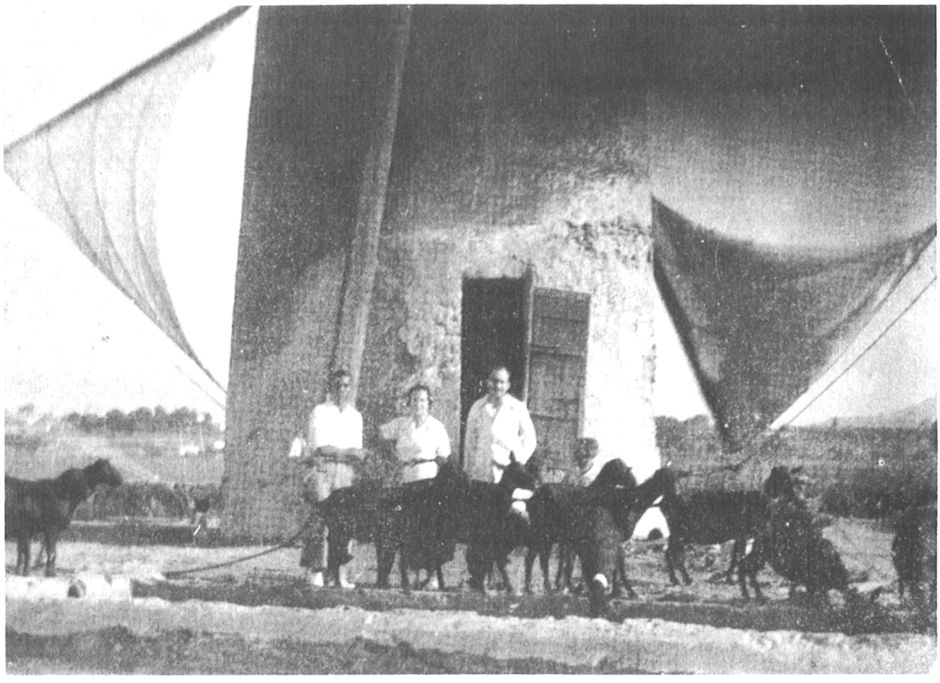
Carmen Conde
De la Real Academia Española

Creo haber contado varias veces, —por mí o a través de otros—, cómo conocí a Miguel Hernández. Por eso no voy a repetirlo. Es difícil hablar de un amigo querido, muerto ya, y más difícil aún si se escribe del amigo muerto, en unos momentos de la vida de una en que se está triste hasta la muerte, por causa de la muerte... Sin embargo, quiero evocar a Miguel, joven y sonriente, el Miguel de los ojos claros y luminosos, de la voz terrenal, del impulso honesto y bueno, del enajenado Miguel Hernández de versos y de conducta tan fuera de la realidad muchas veces, aunque profundamente entrañado con la vida.

A Cartagena le llevábamos cuando podíamos, (en provecho ajeno como es de dignidad, a una pequeña y desinteresada Universidad Popular a la que concurrieron casi todas las figuras intelectuales de la nación, maduras y jóvenes de antes de la guerra). Miguel dijo allí sus versos y unas conferencias sobre bellos temas que ensalzaba su palabra arrebatada y pura. Nos acompañó en largos paseos por el campo llano cartagenero, cuajado de molinos de velas latinas (delante de uno de los cuales, rodeados de cabras, nos retratamos con él), dialogando de cosas comunes y de cosas suyas que para todos tenían gran importancia; pero, que eran, simplemente: cosas de literatura.

En Madrid, antes y después de trabajar con José María de Cossío en Espasa-Calpe, le vimos continuamente. Iba a comer con nosotros a Ríos Rosas, 48, (donde estábamos instalados nosotros en una modesta pensión familiar). De su verbo entusiasta brotaban alabanzas para sus amigos y poetas que él admiraba. También el recuento de los problemas menudos, aunque acuciantes, que constituían la ansiedad de todos nosotros, jóvenes y hasta un tanto desamparados en la corriente impersonal de la gran urbe.

Cuando la guerra, ya le vimos menos; pero sin embargo, en plena guerra y en Alicante, una mañana inolvidable sí que le vimos —quizás por vez última— cuando nos disponíamos a tomar un autocar hacia un rinconcito de la costa, en



Campo de Cartagena. Antonio Oliver Belmás, con Carmen Conde y el poeta Miguel Hernández, junto a uno de los molinos de velas.

donde acaso fuera posible descansar, siquiera brevísimamente, de los bombardeos inacabables.

Un Miguel Hernández con gran sonrisa amiga, de dientes blancos y sanos, de ojos llenos de azul del mar mironiano, con voz ancha y fraterna, nos dio la sorprendente salutación dentro ya del coche, frente al muelle. Nos causó verdadera sorpresa, porque no le esperábamos, y cambiamos, deprisa, unas cuantas palabras de cariño y de amistad inolvidable mientras el motor se calentaba antes de arrancar hacia Ifach.

Después de la guerra ya le supimos apartado inflexiblemente de cuantos le queríamos, como se merecía.

Y poco después, la muerte. La muerte de Miguel, del amigo, del poeta. La muerte de uno a quien vimos hacerse, crecer, doblarse con el dolor y, por fin, caer sin remedio. La muerte, que nos alcanzaba a todos y que nada podíamos hacer ni por él ni por nadie; ni siquiera por nosotros mismos, que necesitábamos a los que nos querían también.

Después, un Miguel Hernández del que participaban ya muchos, muchísimos; hasta sobrepasar lo nacional y antes que ocurriera aquello para llegar a todas las fronteras. A veces, hasta un Miguel que desconocíamos un poco, que nos «revelaban», que no acababa de conectar (en nuestro recuerdo) con el amigo aquel tan luminoso, tan insobornable que un día —porque todo llega—, acabará

sorprendiendo a muchísimos con palabras dichas en momentos significativos de su vida íntima, libre de presiones externas y absolutamente propia.

Ahora, por fin la fama. El acercarse a Miguel de millares de desconocidos que le aman y comprenden, de otros que se acercan a él, porque Miguel es una institución gloriosa de la poesía española.

En definitiva: Miguel-criatura humana está muerto. Miguel Hernández vivirá por encima de todas las interpretaciones; a pesar, incluso, de muchas de ellas: porque era un verdadero poeta y, los poetas, por muchas piedras que les pongas sobre el pecho, no mueren nunca.